



También emprendieron iniciativas para acabar con las subastas de monte, una de las viejas aspiraciones de LURE y otros industriales, pero, tras doce años de indefinición normativa y constantes cambios en la legislación, a finales de 1952 se reimplantó el viejo sistema de subastas.

Para el sector resinero, enmarcado dentro de las industrias tradicionales, los años del desarrollo significaron el principio de su lenta agonía. La principal causa de su declive fue la masiva inmigración rural, que dejó los pueblos sin la mano de obra necesaria para unas actividades en las que, al contrario que ocurre con la agricultura, no es posible la mecanización. No obstante se intentó implantar nuevas técnicas para sustituir el sistema tradicional de resinación por el de estimulación química.

Asimismo, la oferta de miera más barata procedente de países como Rusia, Portugal, Brasil o China, hizo que las destilerías españolas adquirieran la materia prima en los mercados internacionales. Por otro lado, la competencia de la industria petroquímica acabó desplazando al aguarrás de sus principales empleos, y la dispersión y el pequeño tamaño de las fábricas españolas, justificado en función de la dispersión del monte y las deficientes infraestructuras viarias, supusieron un coste inasumible. Con el cierre de las destilerías, como la de Mazarete en 1976, se abandonó el sangrado de pinos, actividad que puede considerarse desaparecida en España desde mediados de los años ochenta. X

En la época dorada de la resinación el aprovechamiento resinero de algunos montes llegó a multiplicar por ocho el valor de su madera y se llegó a destilar en España alrededor de 55 toneladas de miera, aunque la capacidad de las fábricas prácticamente doblaba esta cifra.

Herminio Concha Sanz, de 66 años, vecino de Torremocha del Pinar, ha trabajado de resinero desde los 17 años "o antes", si tenemos en cuenta que con sólo 13 años tuvo que ir al monte a desroñar porque su padre cayó enfermo. Descendiente de resineros, aún conserva "los auténticos cántaros" utilizados por su abuelo para la remasa, antes de que hubiera barricas hechas por los de la resinera.

El municipio de Torremocha siempre ha sido dueño de su pinar y pudo subastar su explotación al mejor postor. A los concursos acudían los industriales resineros, que pujaban por la exclusividad en la compra de la resina producida en una o varias temporadas. El Ayuntamiento dividía el monte y asignaba a los vecinos resineros las parcelas o matas que debían explotar y estos, a su vez, vendían la miera directamente a la fábrica.

Las subastas eran una importante fuente de ingresos para Torremocha, pero esto no era así en todos los pueblos. Los montes de 18 localidades de Guadalajara, propiedad del duque de Medinaceli desde 1868, acabaron en manos de La Unión Resinera Española a principios de siglo, sociedad que los explotó a su antojo y limitó muchos aprovechamientos tradicionales que venían realizando los municipios desde antiguo. Después de años de litigios, los pueblos recuperaron sus propiedades en 1993.

Herminio llevaba una mata de entre 2.500 y 3.000 pinos, de los que sacaba alrededor de 40 cubas de unos 170 kilogramos al año, que venían a representar unos ingresos de 300.000 pesetas de las de antes por temporada.

Torremocha, que en la actualidad no llega a 30 vecinos, tenía en los años sesenta más de 50 resineros, según sus cálculos, pero la crisis del sector y la esperanza de una vida mejor en las ciudades hicieron que muchos se marcharan.

Se decía, nos cuenta, que las resineras compraban la miera en el extranjero; que la traían de Rusia y otros sitios, al tiempo que recuerda cómo no hace mucho, estando de excursión en Portugal, vio que allí todavía resinaban los pinos.

A finales de la década de 1960 asistió a un cursillo en el que aprendió el método químico de resinación. El sistema tenía ventajas, pues había que ir a trabajar al monte la mitad y fue bien recibido en otros pueblos, como Torete, pero él confiesa que nunca lo usó, aunque todavía conserva sin estrenar la herramienta que le dieron.

La última temporada en Torremocha tuvo lugar a mediados de los años ochenta. Con todas las destilerías de la comarca ya cerradas, le vendieron la miera "a uno de Teruel que le decían "El Macri".

